

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Luis Mendoza Vega

“Persona al fin, esa utopía”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 74-76.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

car el mundo, pero también nos distancia de él. ¿Por qué?

Hemos nombrado lo que ya tenía nombre. Vemos, a lo largo del libro, la idea de la necesidad humana de modificar a la naturaleza a través de las palabras. El tilacino adoptó el nombre de “tigre de Tasmania” por la isla donde habitaba, antes Lutruwita, y llamada así por el explorador europeo que la avistó “por primera vez”. Dice Matija, hay palabras tan jóvenes que creen atravesar las cosas, y cuando lo hacen, “lo que sale del otro lado es una versión más pequeña, un poco torcida, menos luminosa” (110). Desde la historia, el lenguaje refuerza la idea de que somos diferentes; no entendemos más allá de nuestros códigos y, para entender las cosas, hay que dominarlos.

Por ejemplo, durante su ascenso a la montaña Poleka Kasué, ahora el nevado de Santa Isabel (cuarto ensayo), narra cómo el paisaje sí es una parte de ella: “Te vi todo el tiempo mientras crecía, no sé si me viste crecer o si sabes algo de mí, pero igual te amo” (32). Mientras camina, Matija ve restos de aves que murieron al impactarse contra el hielo (escapando del calor y entrando a alguna corriente de aire); también distingue manchas oscuras en el glaciar que indican el deshielo. “Lloré tanto que no podía diferenciar cuál era la humedad que sentía en la cara: lágrimas, mocos, llovizna. Lo que me gustó de eso fue saber que así el glaciar y yo volvimos a ser uno” (34).

Para la autora, nuestro lenguaje es similar al de otras especies pues compartimos las mismas motivaciones, queremos, sufrimos, perdemos: “Los glaciares son nuestros compañeros de duelo”, ellos están en espera de partir, enfermos en un

mundo que ya no escucha su grito. ¿Y a dónde irán? ¿Esperarán junto a los tilacinos y las abuelas? ¿Regresarán del lugar de donde vinieron? Quién sabe. Cuando algo desaparece queda un vacío, una laguna en nuestra historia. Hay fotos de los tilacinos, de los glaciares, de nuestros perros y gatos, de nuestras abuelas, pero “el agua, como la vida y las emociones, tiene la capacidad de hacer aparecer cosas y tiene la capacidad de borrarlas” (23).

A veces, el problema no son las lagunas, sino olvidar que alguna vez estuvieron ahí. *Niña-pájaroglaciador* es una invitación para ser habitados por la naturaleza, para ver el lenguaje como una manera de acercarnos. Dice Mónica Nepote en *Humanos y no humanos: Lenguajes emitidos, pensamientos escuchados*: “la mente animal se nos asemeja” y, por eso, estos ensayos donde los animales (y otras cosas y criaturas) son los protagonistas, permiten entender la complejidad de la vida y la pérdida. Hay animales que se extinguen, glaciares que se deshuelan y abuelas que se van, como la de Mariana también.

Mi abuela ya no está en su casa, ni los árboles, ni los gatos en las sillas. Pero, como dice Mariana, hay un hogar, más allá del concreto, que llevamos a todos lados, un “huequito en medio de la barriga [que] es realmente el centro del mundo, el mapa del origen, del universo, una señal que me [nos] dice cuál es mi [nuestra] casa” (171). Mariana y yo llevamos una laguna indisoluble y, por fortuna, una marca que nos lo recuerda. **LPYH**

María de los Ángeles Escobar es estudiante de la licenciatura en Danza Contemporánea y egresada de la maestría en Literatura Mexicana (UV). Beneficiaria del PECDA (2024).

Persona al fin, esa utopía

Luis Mendoza Vega



Beatriz Pérez Pereda, *Persona no humana*, Monterrey, Conarte, 2022, 93 pp.

El fósil de la especie *Australopithecus afarensis*, un homínido descubierto en la década de 1970, llamó mi atención al enterarme sobre la elección de su nombre. Después de que Donald Johanson, paleoantropólogo estadounidense, encontrara el 40% de un esqueleto en la región de Afar, en Etiopía, con “Lucy in the Sky with Diamonds” de los Beatles como fondo, reconoció que el hallazgo correspondía a un ancestro de los primeros humanos y, además, a una mujer que vivió entre cuatro y tres millones de años atrás. Más tarde, alguien le sugirió: ¿Por qué no la llamas Lucy? “De repente”, menciona Johanson, “ella se convirtió en persona”.

“Pasar de ser un objeto a un sujeto”, escribe Beatriz Pérez Pereda (Villahermosa, Tabasco, 1983), “es la corona sorpresivamente puesta” (12) del *deber ser*. Nombrar(se) persona como fundamento de la existencia humana, de todo aquel sujeto



Erick Ocaña: Falso vampiro lanudo (*Chrotopterus auritus*). Amenazada (MEX)

de derechos, resulta una premisa dudosa: ¿aquellos no humano –según los diccionarios, los seres no racionales– puede gozar también de una vida justa y digna? ¿Desde dónde se marca la línea divisoria dispuesta entre aquellos y nosotros? Más importante aún, ¿qué tan urgente es plantear esta cuestión en el ámbito jurídico? Preguntas de esta naturaleza son las que genera *Persona no humana* (2022), el más reciente libro de la poeta y abogada tabasqueña.

El incipit puntualiza: “La palabra orangután proviene del malayo: *Orang* significa ‘hombre’ o también ‘habitante’; de *utan* o *hutan* que significa ‘bosque’ o ‘selva’, de modo que los orangutanes son literalmente ‘hombres del bosque’, ‘habitantes del bosque’” (9). En seguida, se presenta a *Sandra*, un ejemplar mestizo de orangután, mitad de Sumatra y mitad de Borneo, nacida en Alemania y más tarde declarada “sujeto de derecho” en Argentina por la jueza Elena Liberatori. Este acontecimiento originó múltiples debates; sin embargo, el reconocimiento de una identidad jurídica a los ani-

males, según menciona Andrés Gil Domínguez, miembro de la asociación que propuso legalmente el asunto en 2014, “va a generar la gran discusión en los términos judiciales en otros casos doctrinarios, como se venía haciendo, en términos legislativos para modificar ciertas leyes y también en términos filosóficos para definir qué entendemos ontológicamente cuando hablamos de humanidad”. El proyecto literario, en este sentido, deviene en una demanda por los derechos de las personas no humanas mediante este caso particular y, sin embargo, no único por los múltiples ejemplos de explotación y maltrato especistas referidos durante su lectura; es decir, antecedentes que reconocen la urgencia de llevar el tema no solo al juzgado, sino también a la literatura actual, en especial a la poesía mexicana.

Persona no humana es una propuesta llamativa por sus diversos recursos de escritura; no por nada recibió el Premio de Poesía Carmen Alardín 2022, galardón cuyo espíritu, según cuenta la poeta, es “premiar obras de temáticas y estructuras

distintas a lo tradicional, obras arriesgadas y de temas muy contemporáneos”. Dividido en dos secciones, la primera dedicada al juicio de *Sandra* hace uso del verso y de la prosa poética para intervenir diversos discursos jurídicos y afines desde un yo litigante, lo que destaca la formación académica de la autora; su trabajo literario potencializa el lenguaje de los tribunales para interceder por el otro carente de privilegios; es decir, el lector está ante una poesía que aboga y reclama. Esto no es nuevo. La poesía comprometida permea a la literatura mundial. Empero, el cuestionamiento planteado por la poesía de Pérez Pereda responde a una poética del anti-anthropocentrismo, esto es, revisa los paradigmas que rigen aún la jerarquización de los seres vivos; en este caso, reconoce a los animales (todos) como seres capaces de sentir placer y dolor y, por ello, cualquier abuso cometido por el *homo sapiens* es considerado antiético.

Dicho imperativo anuncia la perseverancia de una conciencia vital, esa que comprende, en tanto aquí conocimiento es igual a búsqueda de armonía, como anota María Zambrano; aquella que deshace la injusticia de la palabra. Me remito a un fragmento de *Persona no humana*:

La ley dice que las cosas son bienes muebles, aquellas cosas que pueden desplazarse por sí mismas o por una fuerza externa. ¿Los animales son cosas? Inmigrantes de lenguaje cifrado que se desplazan a sí mismos por el tiempo, con la esperanza como caparazón. O quizás muebles desplazados por una fuerza externa, una fuerza que empuña armas de fue-

go, máquinas como katanas contra árboles (25).

Diferentes casos de violencia contra primates son retomados en la segunda parte de la obra, donde las referencias a notas periodísticas junto con el trabajo de ficción dan cuenta de una investigación exhaustiva por parte de la escritora. Aquí el yo lírico habla de *Betty*, una chimpancé que limpia su propia jaula; de *Sol*, una madre orangután en cautiverio; de *Alba*, un ejemplar de orangután albino comercializado como atracción; de *Pony*, una persona del bosque explotada sexualmente; para todas ellas “el sexo femenino / en cualquier especie animal supone un riesgo” (67).

La convivencia del feminismo y el antiespecismo es la puerta de otras vías de lectura que familiariza a *Persona no humana* con títulos como *El jinete y la fusta* (2023; Premio Internacional de Poesía Escrita por Mujeres “Ana María Iza”), de Esther M. García, o *El estómago de las ballenas* (2024; Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes), de Ángel Vargas, revelando un pensamiento ecocrítico dominante dentro de los premios literarios. En mi caso, me limito a ver en la obra un ejercicio axiológico: “¿Buscamos pruebas de inteligencia en los grandes simios / para aceptarlos como personas?” (39). ¿Cómo reconciliar esto con tanta contradicción de la historia occidental, guerras, esclavitud, cámaras de gas, etc.? ¿Podría esa *moderna jaula diáfana* moviéndose también con nosotros, el lenguaje, salvarnos a todos? Le recuerda Sandra al lector: “El hecho es que no sé quién ser, no sé dónde serlo, cómo. Habito la niebla, doy pasos en falso gritando mi nombre” (49). La escritura de Beatriz Pérez Pereda habla, en-

tonces, por una salud estética –el puente tendido entre lenguajes y disciplinas, entre la literatura y el derecho– y una ética primordial –la representación y reconocimiento de aquello que nos rebasa como especie, el dolor, la crueldad, la violencia–. La literatura resulta pues una válvula de escape para tales interrogaciones.

Debo confesar que, en su momento, creí que Lucy, ese familiar antiquísimo, se trataba de un simple chimpancé. Dicha forma de distanciarme de ella, ahora que lo reflexiono, respondía a la eterna discordia de los orígenes: ¿soy también eso? Ahora llego a una conclusión: no hay animal más insatisfecho consigo mismo que el hombre, particularizo aquí mi género. “Pero la naturaleza, esa señora que germina sorpresas en su vientre, no sabe de aburrimiento, y su pasatiempo favorito es devolvernos el asombro, a pesar de nuestra ceguera autoimpuesta” (73). En este sentido, *Persona no humana* mira los intersticios del “99.4 % de igualdad / en los peldaños de la escalera / de ladrillos de desoxirribosa / proteína / y fosfato” (71) entre mamíferos. ¿Podrá la poesía salvar esta distancia genética, mínima, para fundar la utopía que supone un quehacer humano ético en todos los sentidos? Refiere el último poema: “A las tres de la mañana en el hemisferio oscuro / todos los animales abren los ojos al unísono y piensan [...] Faltan 100 segundos para la medianoche del Apocalipsis / Todos volvemos a dormir” (92). *Todos*; queda el eco del mundo abierto. **LPyH**

Luis Mendoza Vega (Otatitlán, Ver., 1999) es poeta, crítico literario y licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la uv.

Preservar el ambiente desde la edición

Jesús Guerrero



VV.AA., *Ecoedición. Hacia una ecología editorial*, uv/Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Xalapa, 2024, 146 pp.

Es innegable que desde hace algunas décadas la conciencia sobre la destrucción del medio ambiente en el planeta se ha acrecentado. Cambio climático, descarbonización o energías alternativas son expresiones que se escuchan cada vez con mayor frecuencia. Las voces que alertan sobre la Agenda 2030 y la reducción de emisiones se abren paso en los medios y las redes sociales. Sin embargo, las acciones que realmente contribuyen a revertir la situación han resultado insuficientes hasta ahora. Ni los terribles desastres naturales, económicos y sociales (relacionados de muchas formas con las afectaciones a nuestro entorno natural) han conmovido a gobiernos, empresas, organizaciones y ciudadanos para tomar acciones más contundentes. En medio del desaliento y la incredulidad, cualquier avance, por mínimo que sea, debe reconocerse e impulsarse para continuar y profundizarlo.